

ANTONIO VILANOVA
(1923-2008)

Antonio Vilanova Andreu nació en Barcelona el 23 de marzo de 1923, en el seno de una familia de la burguesía industrial y acomodada, que según su cuaderno de notas de 1949 «constituye la grandeza y el oprobio de Barcelona». Los estudios primarios los realizó en la Escola Sant Jordi y el examen de ingreso de Bachillerato en el Instituto Jaime Balmes en 1933. Los años de la niñez son tiempos en los que se fragua su avidez lectora. En los últimos años de la II República inicia el Bachillerato en el Colegio de los Hermanos Maristas de la calle Llúria, donde se enseñaba —son recuerdos de Vilanova— con «un sistema educatiu molt disciplinat, metòdic i sistemàtic, al límit del rigor».¹ Durante la guerra civil y la inmediata posguerra completa sus estudios de Bachiller en la «Agrupación de Doctores y Licenciados en Ciencias y Letras», donde sigue de cerca las enseñanzas del profesor de Literatura Española José Francisco Miralles, quien influirá decisivamente en su posterior dedicación al estudio de las letras hispánicas. Obtiene el título de Bachiller el 19 de agosto de 1940, con la máxima calificación.

De la etapa de los Maristas data el comienzo de una larga amistad con dos compañeros del barrio que, andando el tiempo, serían dos de sus mejores amigos, el periodista y escritor Néstor Luján y el notario Francesc Goday. En los años de la guerra, la biblioteca del piso de Rafael Vilanova —excepcional biblioteca privada que heredó su hijo y que ahora custodia la Universitat de Barcelona— se convirtió en el permanente oasis de los tres amigos. Naturalmente quien aprovechó más la biblioteca de su piso, en la calle Bruc número 24, fue Antonio Vilanova. Allí estaban los libros de Emili Vilanova, el gran escritor costumbrista, los libros de su abuelo y los de su padre. En el fondo, la biblioteca atestiguaba el linaje del que el joven estudiante se sentía partícipe: el del maestro Joan Vilanova, profesor de música, hombre de la Ilustración y lector de Voltaire y Rousseau.²

A partir de 1938 la biblioteca de Rafael Vilanova se va a ir incrementando con las compras que hace su hijo, quien al mismo tiempo lee con inusitada voracidad los libros atesorados en sus anaqueles. En un cuaderno en el que el joven Antonio Vilanova anotó las obras adquiridas por él entre enero de 1938 y enero de 1940, se referencian más de doscientos setenta libros, en tres lenguas: catalán, castellano y francés. Si bien domina la novela (la francesa y la rusa del siglo XIX), sin desatender las grandes aportaciones del XX (desde Virginia Woolf a Valle-Inclán), se advierte un interés muy notable por los estudios de crítica literaria: Sainte-Beuve, Taine, Brunetière y —por ejemplo— los tres tomos de *La literatura francesa moderna* de Emilia Pardo Bazán, que adquiere a finales de enero de 1939, mientras las tropas de Franco ocupan la ciudad. La curiosidad intelectual y el refinado gusto del joven bachiller es bien patente a la luz de sus lecturas, impagable carta de navegación para el estudio de sus aprendizajes intelectuales.

Llegado el verano del 39, el joven Vilanova descubre su vocación poética. Los primeros poemas que escribe —hasta el verano de 1940— se gestan en la ansiedad de la influencia de Juan Ramón Jiménez, en concreto, en la órbita de dos de sus obras maestras *Eternidades* (1918) y *Piedra y cielo* (1919). Todo el quehacer poético del joven Vilanova está contaminado por la poesía desnuda juanramoniana. Incluso llega a conformar un libro, *Poemas Espirituales* (otoño, 1939), que es un homenaje al gran poeta de Moguer. Los poemarios de estos meses nos revelan su primer

1. Agustí Pons, *Néstor Luján. El periodismo liberal*, Barcelona, Columna, 2004, p. 22.

2. «En Joan Vilanova, organista, professor de música, mestre de capella i virtuós del violí, roman fascinat a la Barcelona de les darreries del segle XVIII, on té ocasió d'escoltar la música dels seus autors predilectes, on llegeix àvidament les gosadies volterianes del *Candide*, i s'estremeix de passió amb les pàgines romàntiques de la *Nova Eloïsa*. Home de l'antic règim, és el símbol del plebeu del tercer estament, cultivat, intel·ligent i ambiciós, que origina la burgesia liberal il·lustrada de la Barcelona del vuit-cents.» (Antonio Vilanova, «Petita crònica familiar», *Emili Vilanova i la Barcelona del seu temps*, Barcelona, Quaderns Crema, 2001, p. 2.)

amor, Carmen Arissó, a quien dedica un sinnúmero de poemas, mientras se intuye una de sus pasiones adolescentes, juveniles y de la primera madurez: la música, cuya presencia en las prosas dispersas de su archivo merecerá sin duda un estudio detenido.

El 19 de agosto de 1940 obtiene el título de Bachiller y en octubre comienza sus estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona. Son profesores suyos Fernando Valls Taberner, Federico Udina, Mariano Bassols de Climent, Joaquín Carreras Artau, José María Castro y Xavier de Salas. Ya en 1943 se convierte en discípulo del profesor Martín de Riquer, quien será su auténtico maestro. Cuatro años más tarde, en 1944, se licencia en Filología Románica con el Premio Extraordinario de Licenciatura.

Los años de estudiante en la Universidad son muy fecundos, germinales, para la trayectoria de Vilanova en un contexto en el que se amalgama su primera vocación poética con su cada vez más presente obsesión: ser novelista. Los poemas del año 41 descubren la influencia de Federico García Lorca y Rafael Alberti en sus aportaciones en la dirección neopopularista de la poesía española. Junto a ello está la formación universitaria, que va completando en la Facultad y en los cursos de Literatura Catalana, organizados por el Institut d'Estudis Catalans y que imparte en su domicilio el Doctor Jordi Rubió Balaguer. Y, sobre todo, la capacidad lectora. Sus lecturas de esos años son oceánicas, impresionantes, tan sólo comparables en número a la gran cantidad de audiciones de música clásica que acompañan sus soledades. Enumero algunas lecturas, correspondientes al año 42 y de las que el archivo del profesor Vilanova guarda rastro: Herrera, Arguijo, Góngora, Carrillo y Sotomayor, Rioja –entre la lírica española del Manierismo al Barroco–, Stendhal, Proust, Thomas Mann, Aldous Huxley, Ibsen –los cito según los va leyendo–, Gabriel Miró, Mallarmé, Montaigne, Juan Ramón, Virginia Woolf, Emily Bronte, Platón, Hölderlin, Dostoievsky, Gerardo Diego, Chesterton, Sagarra, Benjamin Constance, Katherine Mansfield, Paul Valéry, etc.

Como le advertiría Josep Pla años después y recordó el propio Vilanova en un texto inédito sobre el que fue una de sus grandes pasiones literarias: «este verano [1950] me dice Pla en Puigcerdà. 'En sap vostè d'escriure. Sí, en sap! M'agraden els seus articles. Jo no sabia que vostè li agradés escriure. En pensava que només llegia'». Para entonces Vilanova había iniciado su labor como crítico literario en el semanario *Destino* (4-III-1950). Las bases de esa dedicación fundamental de su personalidad también datan de los años de sus estudios universitarios. En las revistas universitarias *Alerta* y *Estilo* publicó sus primeros artículos de crítica literaria (15-VIII-1942 a 27-I-1945). En la primera, bajo la protección del médico José Espriu –hermano del poeta Salvador Espriu– se fraguó un grupo de amigos de gran duración: Josep Piera, Joan Peruchó, Nani Valls, Carles Fisas, Ventura Torres, Josep Maria de Martín, Francisco José Mayans, Néstor Luján y Antonio Vilanova. En una publicación rara y exquisita de 1944, junto a las caricaturas que Martín hace de sus amigos, se pueden leer unos breves perfiles de sus jóvenes personalidades. El de Antonio Vilanova reza así (el autor es Luján):

Antonio Vilanova es tan viejo conocido mío que no me recuerdo sin conocerle. Es tan viejo en mí como yo mismo. Lo viaja todo. Se ha metido hasta el bosque bucólico español. Ha leído hasta *Les aventures de Télémaque* esfuerzo que sólo hizo Fenelon al escribirlas, y es fama que no pudo repetir. Antonio me recuerda mi niñez y luego nuestras primeras poesías y nuestras primeras lecturas. Y la primera muchacha, contemporánea a las primeras poesías. Está saliendo a cazar en el campo de la Literatura con gran aparato de montería. Va para caza mayor y todos esperamos de él un buen botín.

Antonio es grave, pero con ratos livianos. Y con los pañuelos dulcemente floridos de pequeños tulipanes de carmín.³

3. Néstor Luján / José María de Martín, 9, Barcelona, Gráficas A. López, 1944, s.p.

Falta en el perfil de Néstor Luján una mínima alusión a otra de las pasiones juveniles que les unía, la de la fiesta de los toros, y en especial, la devoción creciente por Manolete, sobre la que también se podría recoger un buen ramillete de juicios en los textos juveniles de Vilanova.

Cuando se dispone a realizar el servicio militar en las Milicias Universitarias, donde alcanzará el grado de alférez, Vilanova es un brillante universitario y, sobre todo –lo que parece importarle más– un crítico literario reputado. En una carta escrita desde San Juan de Mozarrifar (Zaragoza) –primeros tiempos del servicio militar– les dice a sus padres, quienes le mandan regularmente *La Vanguardia* y *Destino*, que Vicente Gaos le ha escrito comunicándole que «sabía por Dámaso Alonso y por Vicente Alexandre que era el mejor crítico joven de España».

Los tiempos (marzo, 1945-octubre 1946) de San Juan de Mozarrifar, Alicante, Graus y Laspúña (Huesca), al margen de las obligaciones militares, son tiempos de lecturas y relecturas. Su padre es el encargado de suministrárselas, según sucesivos encargos de libros, y un grupo numeroso de amigos –a los que se suma un amigo perenne, Joan Bastardas– le mantienen en contacto con la vida cultural, literaria y académica. Los comentarios epistolares a su padre a propósito de algunas de sus lecturas son bien significativos: «estic llegint *El Árbol de la ciencia* de Baroja. És molt bó»; «Valle-Inclán tan bó com sempre, amb la particularitat de que el millor és evidentment el teatre»; o «He legit *Yerma* que no coneixia i que és una meravella». En aquellos días el alférez Vilanova fumaba Lucky Strike.

De estos tiempos data la preparación de su primer libro académico. Se trata de la edición, prólogo y notas de *Lo Somni* de Bernat Metge, publicado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Barcelona (1946). Es el crisol de su formación universitaria. Pero, en realidad las horas de estudio e investigación son ya horas gongorinas, que tienen como centro el *Polifemo*. Estos pacientes y minuciosos, esforzados y detenidos trabajos culminarán el 14 de septiembre de 1951, con la lectura en la Universidad de Madrid de su tesis doctoral *Las fuentes y los temas del "Polifemo" de Góngora* dirigida por Dámaso Alonso. La tesis obtiene todos los galardones: el Premio Extraordinario de Doctorado y el Premio Menéndez Pelayo (1951) del CSIC.

En esas fechas Vilanova es profesor de la Universidad de Barcelona, donde había iniciado su larga andadura de maestro de varias generaciones de estudiantes en el curso 1946-1947. Se encarga de diversas asignaturas, pero al menos hasta 1959, su quehacer más constante está vinculado a la “Historia de la Literatura Española y sus relaciones con la Universal”, que no sólo es una asignatura, sino un método. Diría más, una vocación intelectual, que nos ha inculcado a todos los que hemos sido sus discípulos.

II

La etapa que media entre el otoño del 46 y el otoño el 52 contiene las semillas de gran parte de su trayectoria personal e intelectual posterior. Quiero bosquejarla en dos vertientes, aunque no resulten estancas. La primera es la dimensión pública que completa su perfil intelectual de profesor de Literatura Española en la Universidad de Barcelona. La segunda –de corte más íntimamente autobiográfico– tiene como momento cenital su matrimonio con Lolita Soler el 12 de noviembre de 1952.

En cuanto a la primera conviene anotar su participación como fundador y jurado en el “Premio de Poesía Juan Boscán” del Instituto de Estudios Hispánicos de Barcelona, desde 1949 y durante una década. Así mismo es fundador y miembro del jurado del premio de Literatura Catalana, “Lletra d’or”, desde 1950 hasta 1973, año en el que se produce su relevo estatutario al cumplir cincuenta años. En el año 1950 se inicia su participación durante una década como jurado del “Premio de Novela Ciudad de Barcelona” y un año después es escogido por Ediciones

Aymá y Editorial Selecta como miembro del “Premio Joanot Martorell” de novela catalana, permaneciendo en el ejercicio hasta 1958. Seguramente me dejó en el tintero alguna otra nombradía más, que vendría a corroborar el lugar axial que el profesor Vilanova ocupaba en la vida literaria barcelonesa, tanto en su proyección en la literatura española como en las letras catalanas. Y, en efecto, era el pórtico de su elección como secretario del jurado del “Premio de novela Eugenio Nadal”, concedido anualmente por Ediciones Destino y del que formó parte desde 1945 hasta su fallecimiento, al borde de completar los cincuenta años de participación. Previamente había sido fundador y miembro del jurado del “Premio de la Crítica” (1955-1959). Esta importante participación en los jurados de los premios literarios le llevó a utilizar las columnas de “La letra y el espíritu” para reflexionar sobre la crítica de los premios y el premio de la crítica en un importante artículo (*Destino*, 9-III-1957), que es también una atinada meditación autobiográfica.

El lugar central del profesor Vilanova en la vida literaria barcelonesa y por extensión española se consolida con el inicio de su colaboración regular como encargado de la sección de crítica literaria del semanario *Destino*, desde 1950 hasta 1966. En las columnas del semanario barcelonés Vilanova combinará equilibradamente las que venían siendo sus tres direcciones universitarias y eruditas: la literatura española, la literatura catalana y la literatura comparada, puente de plata para su interés por las literaturas europeas y americanas, que su epistolario certifica con un cierto orgullo e incluso inmodestia.

“La letra y el espíritu” y “Literatura y sociedad” son los dos rótulos que el profesor Antonio Vilanova eligió para llevar a cabo la crítica literaria desde las páginas del semanario barcelonés *Destino*. Cientos de artículos avalan una preocupación inteligente, unas síntesis siempre realizadas desde una estricta justicia y unos juicios atinados y certeros, que convirtieron a su autor en el crítico literario de mayor modernidad de ese preciso momento histórico. Me referiré, brevísimamente, a un ejemplo para probar desde el rigor implacable de la historicidad de la historia de la literatura esta afirmación.

Corría el verano de 1950 y Vilanova da cuenta y razón del recién aparecido *Angel fieramente humano* de Blas de Otero. En pocas líneas apunta la ansiedad de las influencias del joven Otero: Fray Luis, San Juan y Quevedo; Unamuno y Antonio Machado, sin olvidar el virtuosismo gongorino de Rafael Alberti. A renglón seguido su fino olfato crítico –como antes su sólida formación literaria– le permite descifrar la *intentio operis*, posteriormente analizada y glosada por la historia de la literatura, pero sin añadir un ápice de significado a lo escrito en el ejemplar de *Destino* (8-VII-1950):

El ímpetu agónico, la torturada congoja que exhalan sus versos, revelan desde un principio la primordial obsesión que atenaza el alma del poeta. La desgarrada imprecación, la dolorida queja que brota de sus labios como una densa marea ensangrentada, se adereza de manera casi exclusiva hacia el problema de la soledad del hombre y del abandono de Dios.

Tal era y es la temática esencial de *Angel fieramente humano* como radicalmente afirmaba el primer poema del libro, “Lo eterno”. Hay angustia existencial y hay también esperanza salvadora, incluso con la postulación de un ancla, de un amarre, de un arraigo. Vilanova vislumbró ese resquicio de la luz que asoma en el desolador y angustioso pesimismo del libro. Posteriormente la mejor crítica e historia literarias lo analizaron detenidamente, insistiendo en lo apuntado por la clarividencia de Vilanova. Por su parte, la crítica y la historia literarias menos rigurosas se dedicaron a tergiversar el sentido del espléndido libro de Blas de Otero, que debía aparecer como un poeta social y socialista sin fisuras, desde su mismo amanecer literario.

Vilanova toma como ejemplo y modelo crítico a Ortega, quizás una de las lecturas más fecundas y constantes de su juventud. El sólido soporte orteguiano del quehacer crítico de Vilanova no podía por menos que manifestarse como gavilla que recogiese el haz de sus artículos hasta fe-

brero de 1962. “La letra y el espíritu” es un rendimiento de pleitesía al orteguiano “Espíritu de la letra”. Los dos sumandos nominales se repiten: la letra, el lenguaje, y el espíritu, la doctrina, «el vapor sutilísimo que exhalan los vinos y los licores», según una sugestiva acepción que conviene retener. La letra, la palabra, no encierra el significado de un texto, sino que desde ella se instaura un proceso espiritual (creo que el padre Feijoo lo llamó «tino mental») que va más allá del medio lingüístico, constituyéndose en el meollo de toda interpretación, que en el caso del profesor Vilanova, combina la tensión impetuosa en la raíz del propósito con la medida delicadísima en sus realizaciones, sean (y cito deliberadamente otros objetivos críticos de su sección de *Destino*) sobre las obras de Josep Pla o Salvador Espriu, Albert Camus o Claude Simon, Thomas Mann o William Faulkner, a quien, por cierto, Vilanova dedicó tres memorables –por la oportunidad y la calidad– artículos a finales de 1950, con motivo de la concesión del Premio Nobel de 1949 al extraordinario novelista norteamericano.

Junto a estos dos aspectos capitales de su labor pública de intelectual y de profesor universitario hay que consignar sus quehaceres como conferenciante, que le consolidan en dicho lugar de privilegio. Mencionaré dos episodios y un apéndice de una aventura que debería tener un amplio desarrollo y un discreto y oportuno narrador. Viernes, 14 de enero de 1949. Vilanova dicta una conferencia sobre “Marino en España” en el Instituto de Cultura Italiana de Barcelona. La conferencia quería poner en relación la poesía religiosa y moral de Marino con los poetas españoles del Barroco, desde Quevedo a Calderón. Vilanova celebró su éxito con Anna María Estelrich, los Riquer, Goday, Luján, Masoliver, etc.

Viernes, 26 de mayo de 1950. En las sesiones literarias de la Casa del Libro (Ronda de Sant Pere, 3) se celebra el VI Centenario del nacimiento de Benat Metge, ocasión al mismo tiempo, de la aparición de sus *Obras Completas*, prologadas por el profesor Riquer. Comentan la vida y la obra de Bernat Metge, Duran i Sampere, Martínez Ferrando, Mateu i Llopis, Martín de Riquer y Antonio Vilanova. Salvador Espriu acude al acto, escucha con atención a Vilanova y unas horas después le escribe la primera carta de un epistolario apasionante:

Vaig ésser ahir a sentir-vos, a la “Casa del Libro”. No solament sabeu moltes coses, sino que les sabeu dir: us felicito cordialment. Sempre vostre afm. Salvador Espriu. 27-V-50.

El apéndice tiene fecha del 18 de junio de 1950. El Centro Gallego de Barcelona celebra la Fiesta Gallega de las Letras. Se falla el premio convocado sobre el tema de la “Influencia de la poesía trovadoresca provenzal en Cataluña y Galicia”. El ganador –como se puede leer en la crónica de la fiesta– fue Antonio Vilanova Andreu, joven profesor de la Universidad de Barcelona, y ya figura muy destacada de la crítica literaria. El lema en el que había cobijado su trabajo Vilanova era: «Del rosal vengo, mi madre, vengo del rosale». El título de su estudio, «Influencia de la lírica provenzal en la lírica catalana y gallega». El premio, mil pesetas.

Los episodios y el apéndice revelan como Vilanova presentaba en sociedad –la sociedad barcelonesa de los tiempos de silencio– sus conocimientos de filología románica, del mismo modo que se iba agrandando su figura de crítico literario. Conocimientos de filología románica hispánica que tienen entre el 48 y el 52 eslabones fundamentales en trabajos como *Erasmus y Cervantes* (Barcelona, CSIC, 1949), ediciones como *La lozana andaluza* (Barcelona, 1952) y ensayos y artículos sobre Cervantes, Herrera, Góngora o Calderón, entre otras figuras del Siglo de Oro de las letras españolas.

Desde el punto de vista personal la etapa que va del otoño del 46 al otoño del 52 conoce de sus relaciones amorosas y su matrimonio con Lolita Soler. Fueron unos primeros compases problemáticos, que dieron paso a más de medio siglo de matrimonio, en el que Vilanova encontró las coordenadas placenteras para sus trabajos y sus días de profesor y crítico literario.

III

Los años que median entre su boda y su estancia como Profesor Visitante en el Department of Spanish and Portuguese de la Universidad de Wisconsin son prolifos, sembrados de acontecimientos de luces y de sombras. En los quehaceres como profesor encargado de la Segunda Cátedra de Historia de la Lengua y la Literatura Española de la Universidad de Barcelona, Vilanova vio como el número de sus alumnos se multiplicaba. Así, por ejemplo, son alumnos suyos en el curso 1953-54: Joaquín Marco, Sergio Beser, Nuria Sales, Gloria Roig, Ricard Salvat, José María Carandell o Lluïsa Forrellad. Las promociones y los nombres son incontables. La pasión de Vilanova por la literatura se proyectará en muchos de ellos.

Su presencia en coloquios y seminarios de Literatura Española y Estética Literaria en el resto de España se hace constante, fecundísima: Madrid, Santiago de Compostela, Palma de Mallorca, Zaragoza... De entre la copiosa documentación que la prensa de la época facilita al estudioso, quiero recordar la excelente crónica que de los coloquios de Estética Literaria celebrados en Zaragoza en 1955 –con participación de Fernando Lázaro Carreter, Ildelfonso M. Gil, Francisco Yndurain, Alfonso Sastre y Ramón de Garciasol, entre otros– hizo para *Ateneo* (1-VII-1955), Rafael Santos Torroella. Sintetizando la lección de Vilanova, subraya la definición que ofreció a los asistentes del género novela en «su espléndida disertación»: «Imagen del hombre y de la vida humana en su acontecer real e imaginado». Una definición en la que siguió creyendo hasta sus últimas reflexiones acerca de la teoría de la novela en los albores del siglo XXI.

Dos sucesos de 1954 merecen mención aparte. De un lado, el cumplimiento de la elección como académico numerario de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, con su ingreso el 18 de mayo. Y de otro –fue el pórtico del ya mencionado– el enorme interés con el que fueron seguidas sus clases en la “Cátedra Juan Boscán” de Lengua y Literatura Catalanas de la Universidad de Madrid. Vilanova, que compartía la docencia con Martín de Riquer y Antoni M. Badia Margarit, se ocupó en diferentes sesiones de Ramon Llull y de Bernat Metge. Corría la primera quincena de mayo y Vilanova, acompañado de Lolita, se hospedaba en el Hotel Moderno, en la muy céntrica calle Arenal.

Son años en que se multiplican sus relaciones. Tres de ellas son de gran calado: Américo Castro, Camilo José Cela y Miguel Delibes. Cela fue una amistad entrañable y tácticamente fundamental en los años cincuenta. El curioso lector puede echar mano de un primer intento de relato de aquella relación en mi «Memoria de Antonio Vilanova (1923-2008)».⁴

El acontecimiento más importante de estos años, que marcará de modo inequívoco la trayectoria de Vilanova, son las oposiciones para la cátedra de Literatura Española de la Universidad de Barcelona en las que tomará parte. Las oposiciones se fueron retardando y su desarrollo se llevó a cabo en diciembre del 58 y enero del 59 en Madrid. Los candidatos que rivalizaron con Vilanova fueron José Manuel Blecuá, Guillermo Díaz-Plaja y José Luis Varela. El tribunal lo presidió Melchor Fernández Almagro. El primer ejercicio lo realizó Vilanova el lunes 15 de diciembre. El último ejercicio de la complicada oposición tuvo lugar para Vilanova la tarde del jueves 21 de enero. Le ayudaron, con su compañía y sus asistencias bibliográficas, Antoni M. Badia Margarit, Jaume Vicens Vives y Antonio Rodríguez Moñino. De entre los miembros del tribunal el más decantado hacia el perfil de Vilanova fue Emilio Alarcos, y siempre contó con el apoyo de Camilo José Cela y toda su prosopopeya. El profesor Vilanova no obtuvo la cátedra, pues el tribunal se decidió por José Manuel Blecuá, pese a los indudables méritos del profesor barcelonés, reconocidos por el propio tribunal y por observadores muy cualificados como Dámaso Alonso.

4. Adolfo Sotelo Vázquez, «Memoria de Antonio Vilanova», *El Extramundi y los Papeles de Iria Flavia*, LIII (2008), pp. 87-122.

El fracaso le fue un contratiempo muy difícil de asimilar. Llevó consigo una serie de variantes en su trayectoria humana que no es el lugar para examinar. Al cabo de los años, en las primeras semanas de 1967, Vilanova realizó su segunda oposición, la de agregado a cátedra. Madrid de nuevo, pero en esta ocasión el matrimonio se hospedó en el Gran Hotel Victoria. Desde ahí les escribía a sus padres el domingo 5 de febrero:

«Ja hem fet quatre exercicis: *autobombo*, *memoria*, *magistral* i *encerrona*, i en tots he sortit per unanimitat amb cinc vots. Els altres, a partir del segon, van igualats amb tres vots a molta distància.»

En efecto, Vilanova obtuvo la plaza primera: eligió Barcelona. Varios años más tarde, en 1975, fue nombrado catedrático, por concurso de acceso, de Historia de la Lengua y Literatura Españolas de la Universitat de Barcelona. El maestro Vilanova sobrepasaba el medio siglo de edad. Desde luego la casuística académica no había sido justa con su brillante y sólida trayectoria.

Tras la estancia en Wisconsin se inició para Vilanova una nueva singladura que, al margen de la vida académica, que entrevió desde entonces con escepticismo y reticencia, le fue convirtiendo en una figura fundamental del mundo cultural barcelonés. Su colaboración con las editoriales Seix-Barral y, sobre todo, Lumen merece capítulo aparte. Desde Barcelona siguió ejerciendo una crítica literaria noblemente académica, ponderada, ahondadora en la íntima contextura de las obras. Y siempre lejos del dogmatismo.

Son sus palabras, contestando a una entrevista de Pedro Bonnín (*El Correo Catalán*, 16-III-1968). Le preguntaba el periodista acerca de qué prejuicio debía despojarse el crítico cuando se enfrenta a una obra literaria:

«El dogmatismo. Tanto en el terreno estético como en el ideológico. El crítico no puede pretender que existe un dogma literario ni una doctrina ideológica que representa la verdad pura, de la que ningún escritor puede desviarse. Antes de juzgar una obra, como decía Ortega, hay que intentar comprenderla.»

La vida académica durante el último cuarto del siglo xx resultó más gratificante. Fue director del Departamento de Literatura Española, primero, y del nuevo Departamento de Filología Hispánica, después, durante la etapa que va de 1976 a 1988, fecha de su jubilación forzosa —según la legislación entonces vigente— al cumplir los sesenta y cinco años. De su mano acuden a dar conferencias en el Aula Magna de la Facultad o en el Paraninfo de la Universidad grandes figuras de la creación (Alberti, Octavio Paz, Cela, Vargas Llosa, Delibes, Torrente Ballester, etc.) y del magisterio universitario (Dámaso Alonso, Rafael Lapesa, Lázaro Carreter, Alarcos Llorach, Gonzalo Sobejano, Elias Rivers, etc.) Como presidente de la comisión local organizadora del X Congreso de la “Asociación Internacional de Hispanistas” vivió unos días inolvidables mientras se celebraban las sesiones en Barcelona, del 21 al 26 de agosto de 1989. Por último, fue nombrado Profesor Emérito de la Universidad de Barcelona en 1988, al tiempo que veían la luz los dos tomos (cerca de 1700 páginas) de merecido *Homenaje al profesor Antonio Vilanova* (Barcelona, UB, 1989).

A la dedicación académica a la Edad de Oro, se sumaron en los últimos años de su vida una serie de estudios y ensayos fundamentales, de profundas y detenidas raíces investigadoras, sobre Leopoldo Alas “Clarín” y *La Regenta*, Miguel de Unamuno (ensayo, novela, lírica), Ramón del Valle-Inclán, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y otras figuras capitales de las letras españolas del siglo xx.

Ya en el siglo xxi vio con satisfacción como algunos de sus discípulos, formados en sus cursos y en sus conversaciones, ocupaban puestos de profesores universitarios en el Departamento que años atrás había dirigido. Hasta pocos meses antes de su fallecimiento el profesor Vilanova

estuvo siempre dispuesto a participar en los simposios, encuentros y jornadas que organizaba el Departamento. También aceptó hasta muy pocas fechas antes de dejarnos, participar en las comisiones que juzgaban las Tesis Doctorales. No pudo, sin embargo, ver completada su voluntad de reunir en tres tomos paralelos sus trabajos sobre *La lozana andaluza*, acerca del *Lazarillo* y la picaresca, y los que se centran en Cervantes y el *Quijote*.

Las últimas semanas de su existencia las vivió acompañado de su gran pasión, la literatura. En las muy frecuentes visitas que le realizaba le observé releendo a Cervantes, Calderón, Gracián, Montaigne, Balzac, Clarín, Proust, Faulkner, Pla... Y siempre atento a los últimos libros de memorias y a las biografías que no cesaban. Mi última conversación libresca con el profesor Vilanova fue a propósito de la recentísima biografía de su maestro, Martín de Riquer. El profesor Antonio Vilanova Andreu falleció el 5 de febrero de 2008.

Adolfo SOTELO VÁZQUEZ
Universitat de Barcelona